

MANUEL VILCHES MORALES

LA QUIMERA DEL OLVIDO

COLECCIÓN NAGINATA
EXTRAVERTIDA EDITORIAL
SEVILLA 2019

© 2019, Manuel Vilches Morales
© Diseño Cubierta y sobrecubierta: Jaime Romero
© Extravertida Editorial
© Colección Naginata

.....
Maquetación: Jaime Romero
.....

ISBN: 9788494899829
Depósito Legal: SE-2295-2018
1ª Edición: Enero 2019

extra
vertida
editorial

Editado en Sevilla.
Impreso por Podiprint. Antequera. Málaga.
Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

PRÓLOGO

Tengo por cierto que las guerras no se ganan. Todos perdemos. Y aunque algunos desfilen celebrando la victoria sobre las calles de alguna ciudad devastada, la verdad es que los vencedores también pierden. Casi siempre, parte de su dignidad y casi toda su conciencia. Pierden, sobre todo, la compasión. Y cuando se pierde a compasión, el proceso civilizador queda en suspenso largo tiempo.

La crisis económica del 29 dejó sin prestigio a los sistemas democráticos. De forma cíclica el capitalismo exacerbado, sin sujeción alguna por dejación de los Estados, arruina a la sociedad – una costumbre que tenemos asumida– y procede a la demolición de los valores sobre los que sustentamos la frágil convivencia de una sociedad escasamente solidaria.

“La quimera del olvido” se hace eco de ese periodo en que España pagó las consecuencias de aquel jueves negro en Nueva York antes que el resto del mundo y se asomó al infierno.

Lo hace en un ejercicio equilibrado del lenguaje, mezclando a voluntad pasajes de extremada elegancia literaria con el reflejo del habla coloquial de la Extremadura rural. Quizás los puristas de la lengua encuentren arriesgado ese ejercicio de reflejar el habla de los pueblos. Produce cansancio argumentar una y otra vez contra ese empeño supremacista que califica de “castellano deficitario y mal hablado” a las hablas del sur. Este tesoro que ahora une culturalmente a casi seiscientos millones de hablantes, la segunda lengua más utilizada de la tierra, es la evolución de un

“latín mal hablado”, el latín vulgar de los analfabetos romanos que fueron colonizando Europa formando parte de las legiones, o acompañándolas en busca de oportunidades económicas. Cualquier lengua, y por ende cualquier habla, merece mi respeto; es producto de la gente que habita un lugar determinado y cumple su función comunicativa. Pero, la punta creativa, la que convierte a una lengua en un ser vivo que evoluciona, es su manifestación oral, la que se aprende de oídas.

Bienvenido y bienhallado ese reflejo de la lengua oral en este libro.

Cabalga por las páginas de “La quimera del olvido” la guerra “que ya había despoblado a las aldeas y a los pueblos, dejando sólo a las mujeres, a los niños y a los viejos”. “Un diablo antiguo incendiaba los campos con su aliento, regaba con sangre adolescente los trigales y cubría con mantones negros los olivos”.

Pero se significan más en este relato las secuelas de la guerra. En muchos lugares resultó más difícil sobrevivir a la derrota que sobrevivir a la contienda. Asistimos con el ánimo sobrecogido a las brevísimas referencias que nos da la novela sobre la represión de los vencidos. Y no era la peor la muerte. Un sistema político vengativo se esmeró en la tortura física y mental de quienes se resistieron a la derrota y a abandonar los principios por los que habían luchado junto al gobierno legítimo de la República. Y, aunque hubo quien volvió vivo a su casa tras largos años de encarcelamientos, hambres y torturas, volvieron como muertos en vida. Murieron de alguna forma en aquellos penales húmedos e insalubres que los dejaron sin una buena parte de su vida, sin esperanzas y sin horizontes.

Pero “La quimera del olvido” no es, en mi opinión, una novela más sobre la guerra civil que tanta tinta ha derramado ya. Se trata, más bien, de un viaje hacia el pasado, hacia las propias raíces. Puede que ese retorno sea pura arqueología emocional, una excavación en la memoria en busca de sentimientos y emociones. O en busca de la ino-

cencia que dejamos olvidada. En la niñez hay casi siempre algún lugar idílico que, cuando retornas, te absuelve de la vida, de las pérdidas, del capricho y la perversidad de la memoria, de la culpa que generan los viajes que has hecho en la dirección equivocada.

Sucede que, a poco que ahondemos en nuestro pasado, nos damos de bruces con la guerra. Está ahí, en nuestra memoria colectiva. Esa guerra que “asaltó mocedades, dinamitó esperanzas, desgarró vidas y vistió a las mujeres de luto vitalicio”.

En esta novela, en la que late el trasfondo trágico de la miseria y de la guerra, de la exigente lucha por la vida en tiempos de penurias, afloran los sentimientos como el agua en los manantiales de la sierra, de forma natural y espontánea.

No es el menor de ellos el de pertenencia.

Somos de algún lugar; en algún lugar cobramos estatura, en algún lugar se forjó nuestro carácter y empezamos a edificar nuestras creencias y nuestros sentimientos.

Creo advertir en el autor de esta novela, Manuel Vilches, un arraigado sentimiento de pertenencia a una determinada forma “fuentelarqueña” de entender la vida. Repetidas veces recibimos en el relato de los acontecimientos el mensaje de que en Fuente del Arco no fueron la guerra y la posguerra ocasión para la manifestación de cainismo feroz que se adueñó de España y de que la persecución política a la que algunos vecinos fueron sometidos durante los años del plomo, más que el aislamiento de los represaliados, produjo muestras de solidaridad a pesar del lógico temor a las consecuencias.

Ese sentimiento de pertenencia se manifiesta también en el lirismo delicado con el que Manuel Vilches trata a este paisaje a caballo entre la Sierra Norte sevillana y la Campiña Sur extremeña. Creo que ese lenguaje es la prueba de un fuerte vínculo afectivo con los cortijos, las ermitas, las fuentes, los arroyos, las huertas, los caminos, el

paisaje vivo y feraz de los hortelanos y los pastores y el otro abandonado donde los mineros se dejaron la salud y la vida, en algún caso.

En esa geografía física y social que nos describe el autor, sobresalen las mujeres. Ellas son, como siempre, las que procuran que el caos –cualquier caos que alcance nuestras vidas– no lo arrastre todo con su empuje irracional. Hay una extraordinaria galería de hembras solidarias, valerosas, sacrificadas, vitalistas, resistentes que seguramente, en aquellos tiempos duros, facilitaron al futuro un desembarco menos riguroso.

Ellas paren la patria, la amantan y la mantienen viva, defendida a duras penas de la herencia de Caín.

La Transición se basó en un pacto del olvido. Quizás entonces resultaba necesario y conveniente. En España teníamos pendiente nuestra propia Revolución, la que debía sacarnos del feudalismo y llevarnos a la modernidad. Nunca hasta el 78 habíamos gozado de una ocasión más creíble. Tampoco hasta el 78 habíamos gozado nunca de derechos, libertades y capacidad de autogobierno como aquella Constitución establecía.

En cierto modo el final de esta novela así lo reconoce, porque está impregnado de esperanza en el futuro.

“Era el Sol sin ataduras de una juventud que por fin enterraba los escombros de una época, para construir una nación sin vendas negras en los ojos, sin heridas mal curadas ni bandos enemigos; una nación con sus hijos fundidos en un inmenso abrazo, enlazando sus hombros y entonando, todos juntos, con la emoción humedeciendo sus pupilas, un himno grandioso de libertad, de tolerancia, de respeto, de unión y de futuro”.

Vagamente a uno le trae a la memoria el canto de esperanza que ilumina el final del “Germinal”, la novela de Zola que también da cuenta de una derrota terrible y, al mismo tiempo, de la fuerza con la que la esperanza arraiga en la conciencia humana.

Acumulamos derrotas. Pero ninguna derrota humana es definitiva. Somos una especie obstinada en busca de un futuro más humanitario.

Eso nos honra y nos redime.

Ojalá que esas esperanzas se vean cumplidas. Aunque las señales que este tiempo se empeña en enviarnos cada día nos generan inquietud justificada.

Antonio Jiménez Casero
Sevilla, 1 de diciembre de 2018

*Pues el oro se prueba en el fuego,
y los hombres gratos a Dios
en el crisol de la tribulación.*

Eclesiastés, 2: 5

A la memoria de mis padres.

LA QUIMERA DEL OLVIDO

I

La infancia de Luis Antonio se partió. Sin que nadie lo avisara. Se partió aquel mismo día en que sus padrinos asumieron su crianza y lo arrancaron de su pueblo natal, Casas de Reina, por salvarlo de las penurias y apreturas que padecían en su casa. Y desde aquel día su vida ya seguiría partiéndose a cada paso.

Rondaba por entonces el mil novecientos catorce, y el chiquillo era tan joven que aún no jugaba a los bolindres ni a la billarda con los amigos de su calle. Y todavía le colgaban los pies cuando al atardecer se sentaba en el umbralón de su puerta, para ver pasar las cabras del Concejo, que entre un rumor de esquilas y berreos volvían del campo.

Como si el universo enviara una señal, aquella separación de sus padres fue un augurio del desgarró que tantas otras veces Luis Antonio sufriría durante su vida. Pues, aunque entonces el crío no pudiera imaginarlo, su destino iría siempre ligado al drama de sangre y represalias que, al cabo de unos años, partiría por la mitad las vidas de millones de personas de su generación.

Su niñez rota, cuando aún no tenía ni tres *Tosantos*, fue metáfora certera de lo que le ocurriría durante toda su existencia. Pero en cierto modo fue también un presagio de la hecatombe que sobrevendría pocas décadas después, cuando una herida profunda se abriría, como el tajo de un cuchillo, sobre la piel amarga de aquel viejo país.

En aquel año de mil novecientos catorce, ya remoto, y en aquella Extremadura de subsistencia y miseria, Luis Antonio era un mocuelo con apenas tres rebuscos de aceituna, que correteaba pegando trompicones y porrazos por el empedrado abrupto de su calle, con sus botellas medio rotas que dejaban asomar el dedo gordo, mientras

a todas horas pasaban gañanes con sus burros y mulos por delante de su casa.

Fue justo entonces cuando sus padrinos lo rescataron de la escasez y las gazuzas que ahogaban a su familia, arrancándolo de cuajo de Casas de Reina –pueblo de paisaje llano y abierto a la Campiña Sur– para criarlo y «hacerlo un hombre de provecho» en la villa vecina de Fuente del Arco, sobre las cuestas primeras de la sierra, donde ellos vivían en una pobreza un poco más llevadera.

De buena fe y de acuerdo con sus padres, se lo llevaron sabiendo que arrancaban a un polluelo del nidal. Que lo apartaban del sitio donde nació y masculló sus primeros balbuceos. Que lo sacaban de aquel lugar donde mamó su primera leche, donde gateó y correteó dando sus primeras culadas y batacazos, mientras muy serio contestaba a las vecinas, cuando le preguntaban el nombre, que él se llamaba «Ñoño».

Queriendo actuar como buenos compadres, y en la conmisericordia de ser ellos también gente de campo, llevándose a uno de los hijos pretendían aliviar la carga de aquella familia campesina, que por desgracias imprevistas apenas tenía queso en la quesera, apenas pan en la panera, apenas aceitunas en la tinaja, apenas grano en el granero y apenas chacina oreándose en el hueco holliniento de la chimenea.

Con tantas boquillas churretosas pidiendo pan y queso todas a la vez, la situación en aquella casa conmovía al vecindario. Así que sus padrinos apalabrarón con sus padres que se iría a vivir con ellos a Fuente del Arco hasta que se hiciera «mocito» y se casara. No en vano por entonces era un compromiso serio sacar de pila a un neófito, y ser padrinos conllevaba obligaciones vitalicias que la gente humilde asumía sin escaqueos, con esa solidaridad instintiva que surge entre quienes comparten estrecheces.

Por algún motivo extraño, el universo decretó que Luis Antonio crecería al amparo de sus padrinos y sus dos hijas, ya «mocitas», sin

volver nunca al mundo ya irrecuperable de su pueblo natal y de sus padres, con los que siempre mantendría un nexo lejano y casi protocolario, pues los veía muy de tarde en tarde, siempre de visita, y sólo porque la voz de la sangre de vez en cuando aún lo llamaba.

Sin embargo, aunque con el tiempo Luis Antonio olvidaría casi por completo sus primeros años en Casas de Reina, conservaría por siempre en su interior ciertas imágenes inconexas –junto a detalles que siendo ya mayor le comentaron– y pudo formarse una película mental más o menos coherente sobre aquel día que lo arrancaron de su casa.

Porque hay días que se comentan de por vida, e imágenes que se clavan en la memoria como estacas, permaneciendo en las alcobas del recuerdo hasta el final, como esas fotos borrosas y desvaídas que resisten el paso de las décadas en un cajón.

Ordenando como piezas de un rompecabezas todas aquellas referencias de terceros, y las imágenes que él mismo conservaba, cuando creciese Luis Antonio lograría recomponer al detalle la película de los hechos de aquel día.

Por eso siempre supo que aquella mañana lejana en que su infancia se partió, siendo aún muy temprano, su madrina –a quien solían llamar «la Tita Misia»– se bajó del tren de un salto en la estación de Casas de Reina, y con toda la polvorilla que aquella mujer tenía recorrió en diez minutos el camino largo y terroso que unía la estación al pueblo, mientras sus botas y enaguas se teñían de una pátina de polvo.

Conociendo bien el lugar, la Tita Misia se adentró sin titubeos por las callejas que llevaban al casco urbano, se saludó y besuqueó con las marujas que de paso fue topando –y que desde muy moza conocía–, y con su talle flaco y aquel nervio suyo tan respingón entró muy dispuesta por el zaguán de la casa de Luis Antonio, llamando a su madre a voces campechanas.

—¿Quién vive?!... ¿Romualda... , dónde andas?!... , ¿que ya estoy aquí! ..., ¿quién vive?! —entró gritando con familiaridad escandalosa.

—¡Quien no muere! —contestó la madre de Luis Antonio desde el fondo de la casa, con la respuesta típica que se daba entonces en los pueblos cuando alguien entraba llamando a una vivienda.

Al encontrarla en la cocina se abrazó y besuqueó también con ella, igual que con todas las que ya se había topado por la calle, sin preguntarle por el hombre, que supuso andaría en la huerta o en la era, o regando bien su alegría por las tascas.

Con el mismo nervio apretujó y besó también a los hermanillos del ahijado, uno por uno y varias veces, estrujándolos contra su pecho. Luego agachó su sonrisa abierta junto a él, y lo hizo preso en una ristra de abrazos y besos restallantes, de la que no era posible escapar.

Después, sentadas ambas comadres a la mesa camilla del comedor, en tono grave y con gesto serio, hablaron durante un rato de cosas que el chiquillo no entendía. Y al cabo se levantaron, se enredaron en otra hilera de abrazos y besos en cadena, y sin pararse más ni a tomar café su madrina lo agarró muy resuelta por el brazo, cosa que a él ya lo escamó bastante.

Tirando de él como pudo lo sacó de su casa, y se lo llevó casi a rastras por aquellas calles empedradas y aquellas callejas aún terrizas de Casas de Reina, desandando el camino de arenilla y pedregullo que unía el pueblo con la estación de tren mientras todo el tiempo él se enrabetaba y se resistía llorando y pataleando y queriendo volverse con sus padres y hermanos.

—¡Que yo no me voy contigo *pa Fuentelarco*, madrina! —repetía en su llanto, queriendo escapar de su raptora, cual chivillo que arrasasen al matadero.

—¡Con lo bien que allí vas a estar, so tonto! —le insistía una y otra vez la Tita Misia tirando de él por la muñeca o echándoselo al cuadril a ratos, como un cántaro.

—¡Madrina, que no..., que no..., que no me voy yo *pa Fuente-larco!* —se enfurruñaba el crío.

—Anda, hombre..., que mis dos niñas te están esperando *pa* jugar contigo. Y ya verás qué bien os lo pasáis los tres —intentaba en vano conformarlo la madrina.

Las dos mocitas de la Tita Misia, la Anselma y la Begoña, aquella mañana esperaban con impaciencia en Fuente del Arco la llegada del pequeño Luis Antonio, con la ilusión de comérselo a besos y rodearlo de todos los caprichos que al crío se le antojasen. Afloraba en ellas ese espíritu maternal que surge de forma natural en las adolescentes.

Aunque eran unos cuantos años mayores que él, sabrían siempre ponerse a su altura, entreteniéndolo entre continuos mimos y zorrocos hasta que dejase atrás la niñez, envolviéndolo en lisonjas y regalos y siendo siempre para él como dos hermanas. Y de hecho se tratarían los tres como hermanos durante toda la vida.

Begoña era alta, guapa y vistosa, con un piarón de cazadores siempre al aguardo. Anselma era bajita y más bien «del montón», pero tenía un gracejo y una simpatía que no tenía Begoña. Así que lo que le faltaba a una lo tenía la otra, y entre las dos se complementaban formando un buen equipo.

Sin ser aún vieja, la Tita Misia ya arrastraba la carga de muchos sinsabores, propios de la dureza de la vida de entonces. Pero aquel rosario de desgracias nunca logró derrotarla, dado su carácter vital y la costra de callos que ya tenía en el alma.

Vestía toda de negro, como solían vestir las mujeres de entonces, sobre todo en los pueblos, cumpliendo sus lutos con un rigor intransigente. Pues la Tita Misia guardaba un duelo aún fresco por sus dos hermanos, despeñados en un intervalo de pocos años en la cercana mina de la Jayona; un luto que al paso de los años se renovarían con sucesivas muertes familiares, de forma que la pobre ya nunca volvería a vestir de otro color.

Con dieciséis años la vistieron de negro, tras la tragedia de su primer hermano en la mina. Un tiempo después llegó la tragedia del segundo. Así que ahora tenía ya los veintisiete y aún seguía de negro. Pero en aquel año catorce aún ignoraba que, cuando el periodo preceptivo de sus dos lutos estuviese a punto de expirar, perdería a su padre, y años después a su madre, y luego vendrían más defunciones consanguíneas.

De forma que, como tantas otras mujeres de su época, presa en los cánones que imponía la tradición tras los óbitos de parientes cercanos, la Tita Misia ya seguiría de negro durante el resto de su vida.

Mas, pese a la bondad que rezumaba, aquella mañana, tirando a la fuerza de su ahijado por mitad del campo, con su blusa negra y su falda negra y sus botas negras y su pañuelo también negro cubriéndole la cabeza y el moño, aquella mujer apaleada por la vida parecía la bruja del cuento raptando a un zagalillo indefenso para sacarle los ojos en su choza. Una imagen que era justo la contraria de la realidad.

Cuando tras dura batalla con el crío pudo llegar con él a rastras a la estación, se acomodó en la sala de espera, con ese encogimiento humilde de las mujeres de pueblo de entonces, como no queriendo molestar, con la criatura rebelde sentada sobre sus rodillas y revolviéndose aún en su regazo, luchando todavía por escapársele.

Los minutos se le hacían horas mientras los viajeros se repetían unos a otros las quejas típicas por el retraso típico, como siempre. Hasta que por fin unos pitidos lejanos sonaron cada vez más cerca, y un fragor metálico de ruedas y raíles surgió a lo lejos, y se fue acrecentando, anunciando que el tren ya se acercaba.

Un chorro vertical de humo negruzco apareció sobre el horizonte llano de la Campiña Sur, haciéndose más grueso a medida que el convoy se aproximaba, como una gasa oscura que al ascender se ensanchaba y se iba disipando hasta deshacerse.

Y silbando y resoplando, procedente de Mérida y Llerena, el tren fue haciéndose visible a lo lejos, y agrandándose luego hasta irrumpir en la estación con estrépito, marcando sobre la vía un compás doble y metálico.

Sin aflojar nunca la mano con la que agarraba al ahijado –que en vano se emberrenchinaba y luchaba por liberarse–, la madrina pagó en taquilla, tiró del crío hacia el tren, y asiéndolo por los sobaquillos logró subirlo al convoy, mientras ambos eran centro de atención de la gente con aquella escandalera.

Por fin se acomodaron en los duros asientos de tabla de un compartimento de tercera, esperando la campanilla aguda con que el Jefe de Estación daría la salida, sin que por un instante Luis Antonio dejase de lloriquear, protestar y refunfuñar.

Intentaba la madrina consolarlo repitiéndole, en tono de miel, que le iba a regalar un borreguino, y una rana, y una lagartija, y un canasto lleno de gusanos de seda, y una jaulilla de alambre con un grillo real, y hasta un galápago, y que se lo iba a pasar muy bien jugando con la cuadrilla de mocosuelos de su edad que por entonces había en Fuente del Arco. Pero Luis Antonio no hallaba consuelo. Sentía que de repente su pequeño universo se quebraba.

La campanilla por fin sonó. Y el pitido agudo de aquel tren partió el tiempo y el espacio.

Aquella madrina enérgica y a la vez compasiva, referida a veces en el pueblo como «Tita Misia la Riverina», era esposa sufridora del poco afable Tío Riverina, el feroz padrino de Luis Antonio. Y la pobre ya nunca olvidaría el numerito que durante aquel corto viaje le montó el niño en el vagón de madera, molestando a los viajeros todo el rato con un llanto rabioso, que parecía una venganza, durante los escasos diez minutos que de un pueblo al otro el tren echaba.

«Cómo lloraba en el tren», recordaría muchas veces la Tita Misia, ya de por vida.

Casandra, una hermanilla de Luis Antonio algo mayor que él, también recordaría siempre aquel día, y cómo al verse despojada del hermano se quedó también llorando y pataleando en «Las Casas» – forma coloquial del nombre de aquel pueblo–. Pues por entonces diez kilómetros eran distancias siderales.

«Qué sofocón, *to er* día», recordaba con pena Casandra muchas décadas después, siendo ya ochentona, al revivir aquella mañana perdida en la memoria en que sin aviso le arrebataron a su hermanillo, como si le robasen su mejor muñeco.

Pero el crío en gran medida tuvo suerte. La generosidad de sus padrinos le regaló mejor vida que la que sus padres podían darle en Las Casas. Aun así, en cuanto el chiquillo tuvo cuatro *Tosantos* –y como era entonces lo normal–, el padrino lo puso a trabajar mandándole guardar a diario una cochinita, por irlo ya curtiendo en el esfuerzo de ganarse las habichuelas.

Aquello era sólo el anticipo de las muchas tareas que al ir creciendo le iría asignando aquel padrino de piedra jabaluna, y que el muchacho habría de realizar con diligencia, con dos cojones, sin permitirse un fallo, sin rechistar y sobre todo sin quejarse.

Era la mentalidad propia del campesinado de la época, que, sin maldad –y por necesidad–, veía a los críos como herramientas de trabajo, a los que desde muy pequeños había que curtir y endurecer dándoles pocos caprichos, quitándoles todos los ascos y haciéndolos fuertes y muy machotes para encarar la vida.

Aquella severidad cazorra con que su padrino lo trataba la compensaban en parte con chorros de cariño y mimos las tres mujeres de la casa, que camelándose a duras penas al Riverina le paraban a la criatura todos los golpes que podían, evitándole muchas broncas y palizas. Y, pese a todo, Luis Antonio recibió zurras furibundas del padrino que ninguna de sus tres aliadas pudo evitarle.

«Me pisoteaba», confesaría Luis Antonio al cabo de los años, al recordar el trato de bribón que siempre le dio aquel hombre corto de estatura y de intelecto, de humor más ácido que un limón, y que bajo su boina guardaba tantas malas pulgas.

«Si fuera tu padre..., no te trataba así», le repetía uno de sus amiguetes de niñez, frase que Luis Antonio llevaría clavada muy dentro, para siempre.

Y tan mal lo trataba, que hasta dos veces tuvo que volver el pobre chiquillo a Casas de Reina, pues con el padrino «hubo disgusto» y la paz en aquel hogar era imposible, regresando luego el crío a Fuente del Arco sólo por la insistencia de la madrina y sus dos niñas, que ya no podían vivir sin él.

En aquel papel servil que por entonces se asignaba a los niños rurales, ya desde chiquinino, y luego ya de zagalón, Luis Antonio alternaba temporadas en el pueblo —que aprovechaba para ir a la escuela— con largos meses ayudando al padrino en las tareas del campo, sudando muchas camisas en la hacienda de La Riverina, finca de su propiedad y origen de su mote.

Por compensar los meses de escuela que perdía cuando el padrino lo acaparaba para que lo ayudase en las fatigas del campo, la Tita Misia, con una visión de futuro que la adelantaba a su tiempo, le pagaba unas clases particulares nocturnas que daba don Celestino, el maestro local.

Aquellas clases habían de ser siempre clandestinas, a escondidas del padrino, pues tronaría de ira si se enterase, le prohibiría seguir asistiendo a ellas, y nunca más permitiría que ni un solo real de los que entraban en su casa se gastase en clases particulares para el ahijado. Era una rareza más de las muchas que tenía aquel hombre, que parecía sacado del Pleistoceno.

—¡Venga!... ¡A lavarte *ascape* en la palangana... y la clase de don Celestino! —lo apremiaba la pobre de su madrina, que le pagaba aquellas lecciones con toda su buena voluntad.

—Ya voy, madrina..., ya voy —contestaba el crío soltando los aperos de labranza en la cuadra, en complicidad continua con ella y sus dos hermanas, que con sagacidad femenina encontraban siempre la manera y el momento para que Luis Antonio esquivase la vigilancia del padrino y acudiese a su cita con el maestro.

Con aquella misma severidad el padrino le prohibía comerse las aceitunas enteras cada vez que se servían a la mesa en un platillo, con el almuerzo, ordenándole que se las fuese comiendo «a cachitos», para que cada una le durase un rato.

«Mira..., las aceitunas se comen *asín*: primero un cachito..., y ahora otro cachito..., y luego otro cachito..., y luego otro..., y después otro», le decía mientras le ilustraba la explicación comiéndose una muy poco a poco.

«Y *pa* colmo... a él se las regalaban», se lamentó Luis Antonio mientras tuvo vida, sin lograr nunca explicarse aquella mezquindad enfermiza de su padrino, ni por qué aquel hombre montuno fustigó a zurriagazos sus años primerizos cuando su existir aún transcurría entre La Riverina y el pueblo.

A una hora y media en bestia desde Fuente del Arco, junto a los cerros bravíos de la hacienda de Las Malpicas, La Riverina era un terreno de no muchas hectáreas que ocupaba varios cerrachos y cerrachuelos, con dos casillas de labor en la misma cuesta, pero apartadas entre sí —el Cortijo de Arriba y el Cortijo de Abajo—, y traspasado por la rivera enana que le daba nombre, afluente de la cercana Rivera del Ara.

Allí varios veneros borbotaban entonces con salud, y abastecían arroyuelos que nunca estaban secos. La finca tenía una buena huerta

y un valle con algunos árboles frutales –el valle de la *Jiguera*–, donde manaba una fuente cuya pileta era una rústica tina de barro tumbada –la Fuente de la Tinaja–. También tenía una cuadra junto al Cortijo de Arriba, y unas cuantas colmenas de corcho sobre un altillo de la cuesta, entre el Cortijo de Abajo y la pequeña rivera, colmenas rústicas que el padrino había hecho a la forma antigua, con la corteza tosca de troncos de alcornoques.

Encinas, olivos, chaparros, pinos, alcornoques, tomillos, jaras, zarzas y retamales cubrían todo aquel relieve abrupto con una capa espesa de vegetación, que albergaba un gorjeo continuo de aves variopintas que alternaba con ruidos subrepticios de zorros, lobos, hurones, comadreja, ratas de campo, conejos, liebres, culebras y alacranes. No era raro ver de vez en cuando alguna ardilla saltando nerviosa entre el ramaje, o algún que otro jabalí cruzando por aquellos foscarrales del monte más espeso, o algún ciervo saltando con gracia aérea por aquellos altozanos.

Por allí el siglo xx aún no había pasado vertiendo su pringue. Era un lugar sin tiempo y sin edad, que siempre había permanecido igual, y que sin rastro alguno de la Era Industrial bien pudiera pertenecer a cualquier siglo anterior, o a cualquier milenio de los anteriores.

Y por aquellos carrascos y retamales infectos de alacranes y lobebras fue creciendo Luis Antonio, mientras a diario sudaba en aquellas tareas propias de adultos que por entonces se imponían a los chiquillos, y siempre con la llaga oculta de no haberse criado con sus padres. Una llaga secreta que, sin palabras, su mirada triste delataba en todas las fotografías.

Sin tener aún ni un bigotillo de pelusa que afeitarse, cuidaba ya del ganado y de la huerta. Recogía la aceituna en invierno y segaba el trigo en verano. Con el sol de agosto a cuestras ataba haces de espigas y con las bestias los trillaba en la parva. Luego amontonaba la paja

con el rodillo y cribaba el grano con la criba. Y, al caer por fin la tarde exhausta, con la pala llenaba infinitas sacas de trigo, que con paciencia iba apilando en un montón junto a la era.

Por aquellos años, viviendo en esa inocencia que por entonces aún tenía la infancia, Luis Antonio todavía ni por asomo imaginaba cuánto lo azotaría la vida, ni cuánto lo acosaría la muerte.

Sentados en pupitres de madera añosa y cubierta de mugre, ni él ni sus compañeros de la escuela podían ni por asomo sospechar que su destino se ensañaría con ellos como un perro rabioso, desgarrándolos, dejándoles cicatrices en la memoria que marcarían de por vida a toda una generación.

–Busca al Tío Maña..., *zagá* –le aconsejó un viejo del pueblo una tarde, al hallarlo en un apuro en mitad del campo.

–¿Al Tío Maña? –preguntó Luis Antonio en su inocencia, sin saber quién arrastraba tal mote.

–Sí..., búscalo..., que ya verás... cómo el Tío Maña es *mu apañao pa tó*.

–¿Y no puede *usté*... echarme una manilla..., señor hombre? –rogó Luis Antonio sin saber cómo rehacer él solo la carga de leña que acababa de caérsele del burro.

–No..., no puedo..., que llevo mucha prisa –se disculpó el viejo–. Pero no te preocupes, hombre..., porque dentro de un rato..., antes de que oscurezca..., seguro que pasa por aquí el Tío Maña... y ya verás cómo ése... sí que te saca del apuro.

–¿Y quién es ese hombre? –preguntó el crío en su candidez.

–Ya lo conocerás, hombre, ya lo conocerás. Que no ha de tardar mucho... en pasar por este camino –contestó el anciano rezumando sabiduría en sus palabras.

Sin apearse de su burrilla el viejo traspuso por una revuelta del sendero, mientras las sombras de los olivos y las encinas ya se iban

alargando anunciando el crepúsculo. Y Luis Antonio se quedó allí un rato sentado en un peñasco, al borde de la cinta polvorienta de la vereda que bordeando las laderas de los cerros unía la finca de La Riverina con el pueblo.

Al cabo de un ratillo empezó a impacientarse, a levantarse y sentarse una y otra vez en su peñasco, y a dar puntapiés rabiosos con sus botillas a los chinotes del terreno. Pues el Sol se iba ya ocultando tras las almenas lejanas del castillo de Reina, incendiando el horizonte por el oeste, al tiempo que un añil parduzco se derramaba por la parte opuesta del cielo.

El Tío Maña no aparecía. Y, ante el pánico al broncazo seguro del padrino si no llegaba con la carga de leña al pueblo antes de que oscureciera, el chiquillo se las amañó para arrimar al burro a una pared baja de piedra –de las que construían los portugueses para delimitar las propiedades–, y desde lo alto de la pared, con mucha maña y sudores, fue cargando uno a uno y amarrando con sogas los leños hasta recomponer la carga entera.

Al estar ya cerca el cruce de caminos que presidía la Cruz de Guardao –el humilladero antiguo desde donde se avistaba el pueblo–, arreando al borrico con ansia se las amañó también Luis Antonio para entrar en la villa con la luz moribunda del crepúsculo, justo a tiempo para evitar los truenos y relámpagos del Tío Riverina.

–¿Qué pasó..., *zagá?* ¿Llegó el Tío Maña? –le preguntó días después aquel viejo, sin bajarse nunca de su burrina, al topárselo de nuevo por aquel mismo camino.

La pregunta del anciano escondía una retranca sabia, untada de un conocimiento ajejo de la vida.

–Sí..., señor hombre; llegó el Tío Maña, llegó el Tío Maña –asintió el crío con la lección bien aprendida.

–¿*Verdá* que sí? –insistió el viejo mirándolo a los ojos con complicitad.